

## ***La casa de la niebla*. Elena Anníbali. 2015. Buenos Aires: Ediciones del Dock. 62 págs.**

“señor, vos le diste a mi hermano un ford falcon rojo/ para llegar a la casa de la niebla”. Con estos dos versos que abren *La casa de la niebla*, Anníbali pone en marcha un universo poético con un fuerte componente narrativo y visual, casi cinematográfico. Ahí están condensados los personajes (señor, hermano, hermana), un vehículo (el falcon rojo), una posible dirección (la casa de la niebla). Lo que aparece es movimiento en potencia, capacidad de con-mover.

Ese “ford falcon rojo” es clave: un auto conocido por todos, o al menos por los que compartimos la generación de Anníbali o las previas. En seguida vemos ese falcon: no hace falta la mayúscula para marcar el gran tamaño de ese auto, la violencia de la Historia que lo atraviesa. Un auto cuyo asiento delantero por lo común era enterizo, sin división piloto-copiloto, una frontera borrada, neblinosa. La imagen dispara preguntas ¿quién maneja? ¿cuál será la violencia de esta historia? Si hasta quisiéramos meternos en ese falcon, sentarnos en “la sedosa perfección del cuero” de sus asientos, ver si esa escopeta se acciona, si lo que se caza son sólo pajaritos. La amplitud del vehículo potencia la pequeñez del hermano. Como después de mirar directo al sol, el resplandor de ese falcon rojo nos persigue a lo largo del libro, aunque de hecho no reaparezca más allá de la tercera página. O tal vez reaparezca más adelante transformado en “el cuero rojizo de los caballos”, o en el “despiadado color de sangre”.

Anníbali crea tensión ya desde el título: ahí confluyen la casa, la solidez de los materiales necesarios para evitar un derrumbe, y la niebla, un fenómeno meteorológico que consiste en gotas en suspensión. Se suma el contraste entre la dificultad de visión que genera la niebla, las dudas que provoca, y la precisión y la intensidad con que Anníbali se expresa (“como lázaro, el de betania, estuve o estoy/dormida/muerta”, “y en el juego de contrarios/vas y vuelves/por el filo lúcido de la bruma”). La niebla como una manifestación moderada de “la radical ceguera de los muertos”. La primera palabra es “señor”, no hace falta la mayúscula para marcar el espacio que ocupa esa palabra en el libro. La voz de la hermana se dirige a él, es decir, cree. Lo trata de vos, lo increpa, “y después qué”, sigue una serie de preguntas que están formuladas con tanta ironía, tanta rabia, que casi construyen el cuerpo de esa divinidad muda, casi podría estar empuján-

dolo, con cada pregunta, “qué/le dijiste?”, “qué hiciste”, “le metiste”, “lo enmudeciste”. “Y después qué” podríamos preguntarnos también.

Después Anníbali se dedica a sostener lo que instaló con fuerza. Y lo logra. Apoyada en imágenes donde los adjetivos no sobran sino, por el contrario, potencian: “la oscura hostia de tu nombre”, “el taladro magnífico de dios”. Apoyada en la inquietud que genera el agua venenosa que recorre el paisaje rural del libro, “el agua peligrosa”, “el agüita” infectada, “espejo turbio” (en una entrevista Anníbali se refiere a las muertes, la de su hermano y otras cercanas, por el uso indiscriminado de glifosato). La palabra muerte se reitera, pero también se habla de “las cosas del vivir”, del camino de la vida hacia la muerte. Tal vez la distancia que en aquel principio vislumbramos recorrerá el falcon.

A lo largo del libro reaparece el diablo y el altísimo, el infierno y el paraíso. El agua del cielo no es sólo peligrosa, sino también lluvia que “es mansa y hace música en las canaletas”, y llega “para ungir la herida”, justo cuando la voz del hermano se manifiesta por única vez “detrás del ligustro, el Dulce renace/me dice: poné hermanita, tu mano/ en mi corazón”. En un momento clave la hermana dice “mi casa no se derrumbó”, no sólo se apropia de la casa sino también da precisión al derrumbe, que “empezó adentro”, y algo asoma bajo un dolor constitutivo de tan hondo (dice “somos” tristes, no “estamos” tristes). Lo que asoma es solidez, como la de la casa, que es de niebla en la primera sección, y que toma cuerpo en las siguientes: “todo el cuerpo es una casa tomada”, “mi cuerpo es una casa que arde”. Leemos entre las grietas, “hace mucho que espero”, “no hubo milagro/o ya se produjo/ y es esta suave penumbra/ este tremendo paraíso”. Después de todo, después de tanta oscuridad (“todos los colores tienden/ hacia la noche”), Anníbali elige terminar su libro con un poema que formula una pregunta que, a diferencia de las del principio, no pareciera estar dirigida a ningún otro: “¿qué es eso que brilla?”. Su lengua feroz ha pasado una y otra vez por una “áspera verdad”, ahora también en busca de “el hueso de la dicha”.

“Y después qué” podríamos preguntarnos una última vez. Después desear que en el neblinoso mundo de la poesía sigan apareciendo libros como éste de Elena Anníbali, que nos encandilen.